

La grandeza de Roma

Geografía

ESTRABÓN

Estrabón se dirige a lectores griegos y nos da su impresión del aspecto físico de la poderosa ciudad que se había hecho dueña del mundo griego. Escribió este texto en época de Augusto, alrededor del año 20 de nuestra era, cuando muchos de sus edificios más famosos —por ejemplo, el Coliseo— todavía no habían sido construidos.

Generalmente se atribuye la prosperidad de las ciudades griegas a la acertada elección de sus fundadores respecto a la belleza y capacidad defensiva de sus emplazamientos, su proximidad a algún puerto y la calidad de sus tierras. Pero la prudencia romana se aplicó a cuestiones a las que los griegos prestan poca atención, como pavimentar los caminos o construir acueductos y alcantarillas. De hecho, han pavimentado los caminos, atravesado montañas y rellenado valles para que las mercancías lleguen en carro desde los puertos. Las alcantarillas, hechas con arcos de piedra tallada, son tan grandes que en algunos lugares podría pasar

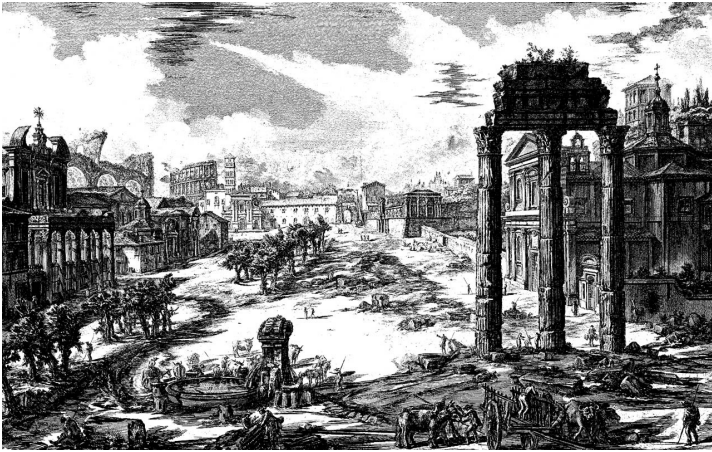
por ellas un carromato, mientras que el suministro de agua de los acueductos es tan generoso que se podría decir que a través de la ciudad y las alcantarillas fluyen auténticos ríos y en casi todas las casas hay canalización de agua y abundantes fuentes.

Puede que pensemos que los antiguos* prestaron poca atención al embellecimiento de Roma, pero sus sucesores, y especialmente los de nuestros días, han adornado la ciudad con numerosos y espléndidos monumentos. Pompeyo, el Divino César,[†] y Augusto, con sus hijos, amigos, esposa y hermana, han sobrepasado a todos los demás en celo y munificencia para adornar su ciudad. La mayor parte de estos adornos pueden verse en el Campo de Marte, en el que la belleza de la naturaleza se une a la del arte. La extensión de esa planicie es notable, lo que permite que se desarrollen en ella carreras de carros y deportes ecuestres sin dificultad, y allí las multitudes se ejercitan en deportes de pelota, en el circo y en los combates de lucha. Las estructuras que rodean el Campo de Marte, la hierba que lo cubre todo el año, la cima de las colinas más allá del Tíber, levantándose a sus orillas como un magnífico paisaje, presentan un espectáculo que el ojo se resiste a abandonar.

Cerca de esta planicie hay otra rodeada de columnas, bosques sagrados, tres teatros, un anfiteatro y magníficos templos, muy próximos unos de otros

* En la época de la República.

† Julio César.



Foro romano, en un grabado de Piranesi.

y tan espléndidos que parecería superfluo describir el resto de la ciudad después de verlos. Por este motivo, los romanos, que consideran ese lugar el más sagrado de su ciudad, han erigido allí monumentos funerarios a personas ilustres de ambos sexos. Destaca entre todos el llamado «Mausoleum»,* que consiste en un túmulo de tierra levantado sobre una alta base de mármol blanco, situado cerca del río y cubierto por arriba con arbustos de hoja perenne. En la cima se encuentra una estatua de bronce de César Augusto, y bajo el túmulo se hallan las urnas funerarias del mismo, de sus parientes y de sus amigos. Tras el Mausoleo hay un gran bosque con maravillosos paseos. En el centro de la llanura se halla el lugar donde se redujo a cenizas el cuerpo de este príncipe. Está rodeado por una doble cerca, una de mármol, la otra de hierro, y crecen en él

* La tumba de Augusto.

álamos blancos. Si de allí se procede a visitar el antiguo Foro, que está igualmente lleno de basílicas, pórticos y templos, se podrá contemplar el Capitolio, el Palatino y las nobles construcciones que los adornan, y la plaza de Livia; y la visión de cada uno de estos lugares hará olvidar pronto el anterior. ¡Así es Roma!

En Roma hay siempre necesidad de madera y piedra para los trabajos de construcción provocados por el frecuente hundimiento de casas y por causa de los incendios y de ventas que nunca parecen parar. Estas ventas son como derribos voluntarios de las casas, pues cada nuevo propietario derriba y reconstruye según su particular gusto. Para estos propósitos, las numerosas canteras y bosques, y los ríos de la región que transportan los materiales, ofrecen múltiples oportunidades.

César Augusto se esforzó por evitar a la ciudad los peligros citados e instituyó una compañía de libertos listos para acudir en caso de incendio, mientras que, a fin de prevenir los hundimientos de casas, decretó que todos los edificios nuevos no debían ser tan altos como los precedentes y que aquellos que se levantaran junto a las vías públicas no debían sobrepasar los 70 pies de altura.

Roma y la Biblioteca Vaticana

Diario del viaje a Italia

MICHEL DE MONTAIGNE

En 1580 Montaigne emprendió un viaje a Suiza, Alemania e Italia. Guardó sus impresiones en un diario que fue publicado en 1774, mucho después de su muerte en 1592. Durante el viaje disfrutó de su estancia en Roma en la medida en que se lo permitieron las piedras que tenía en el riñón, y fue estando allí, en 1581, cuando le llegó noticia de que había sido escogido alcalde de Burdeos.

Llegada a Roma*

Él [Montaigne][†] dijo que Italia es un buen país para los perezosos, pues todo el mundo se levanta tarde. Nos pusimos en marcha al día siguiente, tres horas

* Los títulos de las secciones de este capítulo se han incluido por el editor. (*N. del E.*)

† Este fragmento del texto, hasta el siguiente título, fue dictado por Montaigne a uno de sus acompañantes. Luego lo despidió y continuó escribiendo él mismo de su puño y letra. (*N. del E.*)

antes del amanecer, pues él tenía muchas ganas de ver el suelo de Roma. [...] A quince millas descubrimos la villa de Roma y después la volvimos a perder de vista durante mucho tiempo. [...] Por allí llegamos sobre las veinte horas del último día de noviembre, fiesta de San Andrés, a la Porta del Popolo [...]. Nos pusieron dificultades, como en otros sitios, a causa de la peste de Génova.

Nos alojamos en El Oso, donde nos quedamos también el día siguiente; y el segundo día de diciembre alquilamos habitaciones en la casa de un español, justo en frente de Santa Lucía de la Tinta. Allí estuvimos muy bien instalados, con tres habitaciones muy bonitas, salón, despensa, cuadra, cocina, todo a razón de veinte escudos por mes, por los cuales el hospedero proporciona cocinero y fuego en la cocina. Los albergues están, por lo general, un poco mejor amueblados que en París. En el nuestro, acordamos que nos dieran ropa de cama parecida a la de Francia, pues aquí la costumbre del país es ahorrar un poco en esto. [...]

La ciudad está, hoy en día, construida toda a lo largo del río Tíber, a ambas orillas. La parte de las colinas, que era la sede de la antigua ciudad, y por la que todos los días daba mil paseos y visitas, está salpicada de iglesias, unas pocas mansiones y jardines de los cardenales. Pistas muy claras lo habían llevado a pensar que la forma de estas montañas y cuevas había cambiado mucho desde la Antigüedad, por la altura de las ruinas, y estaba convencido de que en muchos lugares caminábamos sobre el tejado de casas enteras. Por el

arco de Severo, se inclina a creer que estamos más de dos picas por encima del antiguo suelo, y lo cierto es que en casi todas partes se camina sobre la parte alta de los viejos muros que la lluvia y los carruajes dejan al descubierto.

[...]

Por lo demás, le parecía que no había nada de especial en la belleza de las mujeres digno de la precedencia que la reputación de esta ciudad le ofrece sobre todas las demás del mundo; y, al igual que en París, la belleza más singular estaba entre aquellas que la ponen en venta.

[...]

En cuanto a la grandeza de Roma, el señor de Montaigne decía que el espacio que rodea los muros, que está más de dos tercios vacío, incluidas la vieja y la nueva Roma, equivaldría al recinto que se podría hacer alrededor de París abarcando todos los arrabales de un extremo a otro; pero si se cuenta el tamaño de plazas públicas y belleza de las calles y de las casas, Roma gana con mucho.

El frío del invierno le parecía muy semejante al de Gascuña. Llegada la Navidad, hubo fuertes heladas fuertes y fríos vientos fríos insoportables. Bien cierto es que en este mismo momento truena, hiela y caen multitud de rayos.

[...]

El jueves 26 de enero, el señor de Montaigne fue a ver el monte Janículo, pasado el Tíber, y a contemplar las peculiaridades de ese lugar [...] y el emplazamiento de todas las zonas de Roma que desde ningún otro sitio se ven tan claramente. De allí descendió al Vaticano para ver las estatuas guardadas en los nichos de Belvedere, y la hermosa galería que el papa ha levantado con pinturas de todas las partes de Italia, que está a punto de terminar. Allí perdió su bolsa y lo que había dentro; le pareció que había sucedido al dar limosna dos o tres veces, y, como el tiempo era muy lluvioso y desagradable, en lugar de volver la bolsa a su bolsillo, se le debió colar entre los pliegues de la casaca.

En todos esos días no se entretuvo en otra cosa más que en estudiar Roma. Había tomado un guía francés, pero, al despedirse este por algún capricho, él se picó en llegar a dominar, con su propio esfuerzo, esta materia, con la ayuda de mapas y libros que se hacía leer por la noche, y de día iba a los sitios a poner en práctica su aprendizaje; tanto que, en pocos días, él habría fácilmente guiado al guía.

Él decía «que de Roma no se veía sino el cielo bajo el cual había estado asentada y la planta de su construcción; que lo que de ella se conocía era un saber abstracto y contemplativo, en el que no había nada sensible; que los que decían que al menos se veían las ruinas de Roma decían demasiado, pues las ruinas de

una construcción tan espantosa merecerían más honor y reverencia en su memoria, que esto no era más que su sepulcro. El mundo, enemigo de su larga dominación, había primero roto y desmembrado todos los miembros de este cuerpo admirable; y, como incluso del todo muerto, alterado y desfigurado, le producía horror, había enterrado su misma ruina. Que estas pequeñas muestras de su ruina que aparecían aún sobre la tumba las había conservado la fortuna para testimonio de esta magnificencia infinita que ni tantos siglos ni tantos incendios ni el mundo entero conspirando reiteradamente habían conseguido extinguir por completo. Pero era verosímil que estos miembros desdibujados que le quedaban fueran los menos dignos, y que la furia de los enemigos de esta gloria inmortal los hubiese llevado primero a arruinar lo más hermoso y más digno; que los edificios de esta Roma bastarda que se veían en este momento unidos a los restos antiguos, aunque tuviesen algo para causar admiración a nuestros siglos presentes, le hacían recordar propiamente los nidos que los gorrones y las cornejas cuelgan en Francia de las bóvedas y paredes de las iglesias que los hugonotes acaban de demoler. Le daba incluso miedo, viendo el espacio que ocupa esta tumba, que no lo reconocieran por entero, y que la sepultura misma estuviese en su mayor parte enterrada; y que esto de ver que un derrumbamiento tan miserable, hecho de trozos de tejas y de cacharros rotos, había alcanzado ya en la Antigüedad tan excesivo tamaño que iguala en altura y anchura a muchas montañas

naturales, era una orden expresa de los destinos para hacer sentir al mundo su conspiración contra la gloria y preeminencia de esta ciudad mediante un testimonio tan nuevo y extraordinario de su grandeza».

Decía que no podía estar de acuerdo fácilmente, visto el poco espacio y lugar que tienen algunos de estos siete montes, sobre todo los más famosos, como el Capitolino y el Palatino, en que allí se alineara un número tan grande de edificios. Viendo solamente lo que queda del templo de la Paz, en el Foro romano, desde el que se ven aún las ruinas de su desprendimiento como si fueran las de una gran montaña diseminada en innumerables rocas espantosas, no le parecía que dos edificaciones así pudiesen caber en el espacio del monte del Capitolio, en el que, además de estos, había sus buenos veinticinco o treinta templos y varias casas privadas. Pero, a decir verdad, las diversas conjeturas que uno hace a partir de la pintura antigua de la ciudad no tienen casi verosimilitud, pues su planta misma ha cambiado completamente de forma; algunos de estos vallejos están ahora colmados, incluso en los lugares más bajos que allí hubiere; como, por ejemplo, en el del Velabrum, que, al estar en bajo, recibía las aguas residuales de la ciudad y tenía un lago, hoy elevado enormemente con montes de la altura de los naturales que están a su alrededor, cosa que se ha hecho por la acumulación y amontonamiento de ruinas de estos grandes edificios; y el monte Savello no es otra cosa que la ruina de una parte del teatro de Marcelo. Él creía que un antiguo romano no podría

reconocer la ciudad si la viese. A menudo ha sucedido que, después de haber excavado bien a fondo en la tierra, no se llegaba más que a encontrar la parte de arriba de una columna muy alta que aún estaba en pie más abajo. No se buscan otros cimientos en las casas, sino las viejas techumbres o bóvedas, que son ahora el suelo de los sótanos, ni tampoco se cuestiona la resistencia de la antigua cimentación, ni la firmeza de sus muros. Antes bien, sobre las mismas estructuras de los viejos edificios tal como el azar los ha dejado, al desparramarse, han plantado el pie de sus palacios nuevos, como si se tratara de grandes placas de rocas firmes y seguras. Le gustó ver que muchas calles están a más de 30 pies de profundidad por debajo de las de ahora.

En Roma

[...] El 6 de marzo fui a ver la biblioteca del Vaticano, que tiene cinco o seis salas, todas en ristra. Hay muchos libros atados sobre diversas filas de pupitres; los hay también en baúles que me fueron todos abiertos; hay muchos libros manuscritos y, sobre todo, un Séneca y dos opúsculos de Plutarco. Allí vi, destacables, la estatua del buen Arístides con una hermosa cabeza calva, con la barba espesa, una gran frente, la mirada llena de dulzura y majestad: su nombre está escrito en su base, que es muy antigua; vi un libro de China, con letra salvaje, con las hojas de un material mucho

más ligero y traslúcido que nuestro papel; como no soporta la tintura de la tinta, no está escrito más que por una cara, las hojas son dobles y están plegadas por el borde exterior, en el que se sostienen. Dicen que está hecho de la corteza de algún árbol. Vi también un fragmento del antiguo papiro con caracteres desconocidos: son también de corteza de árbol. Vi el breviario de san Gregorio escrito a mano: no lleva el año, pero sostienen que ha llegado de mano en mano, directamente de él. Es un misal más o menos como el nuestro y fue llevado al último Concilio de Trento para servir de testimonio en nuestras conciencias. Vi un libro de santo Tomás de Aquino donde hay correcciones de la mano del propio autor, que escribía mal, con una letra pequeña peor que la mía. Ítem una Biblia impresa en pergamino, de las que Plantin acaba de hacer en cuatro lenguas, la cual fue enviada por el rey Felipe al papa, como dice en la inscripción de la cubierta; el original del libro que el rey de Inglaterra compuso contra Lutero, y que envió hace aproximadamente cincuenta años al papa León X, dedicado de su propia mano, con el bello dístico latino también escrito por él:

«Anglorum Rex Henricus, Leo decime, mittit
Hoc opus, et fidei testem et amicitiae».

Leí los prefacios, uno dedicado al papa, otro al lector: pide disculpas por sus ocupaciones guerreras y su falta de capacidad, es un buen latín escolástico.

Vi la biblioteca sin ninguna dificultad, así la ve todo el mundo y puede sacar lo que quiera; está abierta casi todas las mañanas; un gentilhomme me guió por doquier y me invitó a utilizarla siempre que quisiera. Nuestro embajador se iba de allí en ese momento sin haberla llegado a ver, y se quejaba de que para ello querían que le hiciese la corte al cardenal Charlet, director de esta biblioteca; decía que nunca había podido encontrar el modo de ver el manuscrito de Séneca, cosa que deseaba infinitamente. Me acompañó la suerte, aunque yo, a la vista de este testimonio, daba la cosa por perdida. Todo es fácil en un cierto sentido e inaccesible en otros. La ocasión y la oportunidad tienen sus privilegios y ofrecen a menudo al pueblo lo que rehúsan a los reyes. La curiosidad se pone pegas a sí misma muchas veces, como también lo hace la grandeza y la potencia.

Vi también un Virgilio escrito a mano, con una letra enormemente grande y con estos caracteres largos y estrechos que vemos aquí en las inscripciones del tiempo de los emperadores, aproximadamente del siglo de Constantino, que tienen algo de gótico y han perdido la proporción cuadrada que presentan siempre las viejas escrituras latinas. Este Virgilio me confirmó lo que siempre había pensado, que los cuatro primeros versos que se ponen en la *Eneida* están tomados de otra parte: este libro no los tiene.

También están los Hechos de los Apóstoles escritos con una bellísima letra de oro griega, tan viva y reciente como si fuera de hoy mismo. Esta letra es maciza y tie-

ne un cuerpo sólido que sobresale del papel, de manera que, si uno pasa la mano por encima, se siente el grosor. Creo que hemos perdido el uso de esta escritura.

[...]

Las iglesias de Roma son menos bellas que en la mayoría de las buenas ciudades de Italia y, en general, las de Italia y Alemania son, por lo común, menos bellas que las de Francia.

[...]

La vuelta a la ciudad, que yo he dado muchas veces por tierra, desde la Porta del Popolo hasta la Porta San Paolo, puede hacerse en unas buenas tres horas o cuatro si uno va a caballo al paso; la parte que está más allá del río se hace en una hora y media a lo sumo.

[...]

Yo decía de las ventajas de Roma, entre otras cosas, que es la ciudad más abierta del mundo, en la que a la extranjería y a la diferencia de nacionalidades se le da poca importancia, pues por su misma naturaleza es una ciudad hecha de remiendos de extranjeros; todos están en ella como en su casa. Su príncipe abraza con su autoridad la cristiandad entera; su jurisdicción principal obliga a los extranjeros en sus casas, como aquí; por propia elección y de todos los príncipes y

grandes de la corte, la consideración del origen no tiene ningún peso. La libertad del régimen de Venecia y la utilidad del comercio la pueblan de extranjeros, pero están allí como en casa ajena. Aquí están dedicados a sus propios oficios, bienes y cargos, ya que es la sede de las personas eclesiásticas. En Venecia se ven tantos extranjeros o más (pues la afluencia de extranjeros en Francia, en Alemania o en otras partes no tiene punto de comparación), pero hay muchos menos residentes y domiciliados. La gente menuda tampoco se asusta de nuestra manera de vestir, española o tudesca, ni de la suya propia, y apenas se ve mendigo que no nos pida limosna en nuestra propia lengua.

Yo, sin embargo, buscaba y empleaba mis cinco sentidos naturales en conseguir el título de ciudadano romano, aunque solo fuera por el antiguo honor y carácter sagrado que solía revestir. Aunque encontré dificultades, de todos modos las superé sin tener que pedir ningún favor a ningún personaje importante y sin siquiera recurrir a la pericia de algún francés. La autoridad del papa fue reclamada por mediación de Filippo Musotti, su *maggiordomo*, que me había tomado una amistad singular y se empeñó en ello. Me fueron despachadas cartas 3° Id. Martii 1581, que me dieron el cinco de abril, muy auténticas, de la misma manera y favor de palabras como las había tenido el señor Giacomo Buoncompagno, duque de Sora, hijo del papa. Es un título vano, pero debo reconocer que me hizo mucha ilusión obtenerlo.